

Alfredo Marcos Martínez

[León, 1961]

Catedrático de Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Valladolid, ha escrito más de una decena de libros, algunos de ellos traducidos al italiano, inglés y polaco, así como más de medio centenar de artículos científicos y divulgativos en revistas prestigiosas como *Investigación y Ciencia*.

Entre sus últimas publicaciones están *Ciencia y acción* (2010), *Filosofía de la agienciencia* (2010), *Filozofia Nauki* (2012), *Postmodern Aristotle* (2012) o el capítulo 'Bioinformation as a Triadic Relation' incluido en *Information and Living Systems* (2011).

Forma parte de diversos comités bioéticos.

Es autor de la novela: *El testamento de Aristóteles* (2000).

Metacuento de Navidad

Érase que se era una montañosa mañana de noviembre. Y ya era Navidad en El Corte Inglés. En veinte segundos habían pasado todas las estaciones sobre la modelo de la tele: nubes que corren, la chica en traje chaqueta minifaldero, cinco segundos, un fogonazo de sol y un bikini, sin transición, sin perder la sonrisa, un remolino ventoso de hojas secas, gabardina, quedan aún diez segundos, y unos delicados copos de nieve van posándose sobre su alfombrado visón. Fin. El año pasó fugaz. Orlando tuvo la impresión irresistible de que bajo el visón estaría aún la gabardina, y esta todavía sobre el traje chaqueta, y el traje sobre el bikini, y el bikini... Apagó el aparato, tiró el mando a cierta distancia, sobre la cama del hotel, con la mano recién liberada acabó de calzarse la chupa cara de cuero, y pudo por fin recoger de su boca el mapa que mordía, mientras su otra mano sostenía una pequeña maleta.

Orlando Cuadros había llegado desde Caracas para ajustarle unos centavos a esos tipos de Repsol. Entre moquetas, entre corbatas y torres acristaladas, entre los resquicios de su agenda, como entre las uñas casi, se le había quedado una mañana y pico, una mañana hermosa de domingo, de Madrid dormido y churros, y había decidido enfundar su BMW alquilado en el Camino de Santiago, a eso de Sahagún. Hay que precisar, la mañana no era hermosa en términos absolutos (¿podría serlo alguna?). Digo hermosa para el viaje que Orlando se propone hacer: nubes grises como un techo plano de oficina, sin lluvia, sin sol que le haga fruncir el ceño tras las Ray Ban. Doscientos ochenta y seis caballos en la punta del pie derecho. Una mañana húmeda y templada y todo el tiempo del mundo hasta el avión de las ocho en Labacolla. Para un ejecutivo del

petróleo, eso es casi un tiempo geológico, tiempo que se le hizo repentinamente montañoso una vez pasada Astorga.

Mientras Orlando reposta su carro en alguna estación del Bierzo, apreciando, sin duda, con ojo de experto, el refino y la procedencia del caldo, nosotros vamos a reflexionar un poco. Estará el hombre, a estas alturas, tratando de discernir lo que es cecina y lo que es celofán en el bocata que le han vendido. Pero ese problema es el suyo; el nuestro, ahora, es distinguir entre realidad y ficción, y una vez hechas las distinciones, volver a mezclar las aguas. «Creo no haber confundido todavía nunca la ficción con la realidad –escribió Javier Marías en *La negra espalda del tiempo*–, aunque sí las he mezclado en más de una ocasión, como todo el mundo».

Está claro, por qué habríamos de confundir la realidad con la ficción. La realidad está ahí –pensamos–, mientras que la ficción la creamos nosotros. Entre Astorga y el Bierzo, el Camino de Santiago atraviesa una zona montañosa. Si uno va por carretera, no puede evitar el puerto de Manzanal (). Eso es parte de la realidad. Y si conduce, como Orlando, un coche veloz, incluso puede apreciar que las montañas se presentan de improviso, y oscurecen repentinamente el horizonte, como si fueran una borrasca. Hasta puede estar justificado que uno se tome la licencia de hablar de un tiempo montañoso. Ya se sabe, es una forma de hablar, nada literal, nada serio. Un poco forzada incluso la figura. Se me perdonará –espero– porque mi Orlando es geólogo. Él es capaz de *ver* cómo se desliza un glaciar arañando el lecho rocoso, lo oye chirriar, presiente la queja de la piel terrestre, intuye los surcos que quedarán como huella. Él ve cómo se bambolean las placas tectónicas; los continentes navegan ante sus ojos como ante los nuestros lo haría un veloz catamarán, intuye las monstruosas colisiones, y ve brotar los cerros como nosotros vemos brotar las... ¡Un momento! ¿Por qué has pensado en flores? Yo todavía no

había escrito la palabra «flores». Además, nadie ha visto brotar una flor. Sería mejor escribir, por ejemplo, «aguas de una fuente». La génesis y apertura de una flor es un proceso que suele durar del orden de días, y el ojo humano no sabe ver la continuidad del movimiento a través de los días. Solo se nos hace visible el brotar de la flor mediante una manipulación cinematográfica. De este modo sí somos capaces de verlo, a una velocidad ficticia. Conseguimos así apreciar aspectos reales de un proceso que de otro modo nunca podríamos ver. La realidad descubierta con ayuda de la ficción.

Pero este tal Orlando es todo él un ser de ficción. Su viaje, por tanto, no forma parte de la realidad histórica, nunca ha sucedido de verdad. Las montañas del Bierzo son realidad, Orlando es ficción. Y punto. Recorrer las montañas o estudiarlas en un mapa es un acto de aprendizaje, rinde conocimiento. Inventarse un geólogo venezolano metido a ejecutivo de una petrolera es un acto de creación, no aumenta nuestro conocimiento de la realidad. Realidad o ficción, conocimiento o creación. ¿Y punto?

¿Pero acaso el ojo de un geólogo ficticio no nos dice algo sobre las montañas reales? ¿Es que el sentido psicológico del tiempo cotidiano de un ficticio ejecutivo transcontinental no nos habla del ajetreo reinante en nuestra sociedad real? ¿No son bien reales, minuciosamente históricas, algunas piezas del relato? ¿No apreciamos mejor el tiempo meteorológico a través de una comparación ficticia? Las nubes no son ningún techo de oficina. «Así, cualquiera cuenta una anécdota de lo sucedido –sigue Marías– y por el mero hecho de contarla ya lo está deformando y tergiversando, la lengua no puede reproducir los hechos». Todos ‘ficcionalamos’ cuando contamos, decimos la realidad desde la ficción, con su ayuda. Y en todo el tiempo que nos es dado conocer «nadie ha hecho otra cosa que contar y contar, o preparar y meditar su cuento, o maquinarlo».

La razón profunda es que sin cuento, sin cuenta, no hay tiempo, por eso desde el comienzo de los tiempos, y mientras siga habiendo tiempo, seguirá la cuenta –érase *una vez*, *once upon a time*– y el cuento. Porque tenemos los días contados, o no los tenemos en absoluto. « ‘Relatar lo ocurrido’ –concluye Javier Marías– es inconcebible y vano, o bien solo es posible como invención». Va a resultar que el tiempo histórico nace con el relato, que el cronista inventa su historia, su cuento, y el historiador ficciona como un poseso. ¿Dónde la realidad, dónde la ficción, dónde el conocimiento, dónde la poesía? ¿Dónde, por cierto, nuestro chico del petróleo?

Lo dejamos poniendo combustible en su carro y en sus venas. Consiguió separar el celofán aséptico del delicado embutido, y comérselo (el embutido, digo). Volvió al acogedor tapizado del coche y arrancó elegantemente hacia Santiago. Es fácil conducir con elegancia a bordo de un BMW de (exactamente) trocientos caballos. Convengamos en que Orlando disfrutaba de la velocidad, amaba el viaje y la conducción en sí misma, acostumbraba a hacer kilómetros con cualquier disculpa, o sin motivo alguno, tan solo, como decía su vieja, *per l'amore della macchina*. Y no le disgustaba ver todo al paso. Las horas de soledad dentro del coche le permitían pensar con calma, reflexionar con hondura sobre lo que resbalaba fugazmente en su cristal. Solo así se explica que alguien emplee un domingo libre en hacer el Camino de Santiago, desde Sahagún, atragantándose de románico lejano, de gótico leonés recortado en el horizonte, de paisajes huidizos como gotitas y de gentes entrevistas. Más tarde, en el avión que le devolverá a Madrid, podrá leer las guías de la editorial Rimpego, e incluso *El peregrino*, de Torbado. (Eso cree Orlando todavía en esta página). En suma, habría así obtenido una idea aceptable de lo que es y significa esta ruta histórica,

el Camino que ha contribuido a hacer Europa, según le contó en su tierra el viejo y consabido maestro-español-exiliado.

«Cuatro gotas –se dijo–, tan solo cuatro gotas». Pero ya no se sentía seguro a ciento ochenta. Imaginemos a Orlando, más bien bajito, levemente tartamudo en el comienzo de las frases, con gafas. Las gafas ya no son un elemento relevante en su descripción, no afectan a su personalidad, podría no llevarlas, podría llevar lentillas, de hecho lleva unas gafas de sol de alta gama –con su sueldo se permite ciertos lujos–, pero podría incluso haberse operado recientemente la miopía. Eso ahora no importa. No obstante, las gafas fueron importantes en su infancia, como su talla o su tartamudez. En conjunto podrían haber conformado una personalidad retraída, quizás acomplexada. Pero Orlando supo pronto que podía compensar estos rasgos gracias a su inteligencia viva, sus dotes de convicción y su extraordinaria capacidad de cálculo.

A ciento ochenta, vibra Bach hasta en el último rincón del habitáculo, Bach a todo volumen, en seis u ocho bafles, arreglado con percusión africana, y aún así se oye el silencio que produce el coche alemán al deslizarse. Todo a sus órdenes, a su gusto, en su poder, ¿quién puede sentirse acomplexado? Y sin embargo, no son solo cuatro gotas. Son más. Y son copos. «Esto sí es nieve auténtica –se dijo– y no los copos ficticios de la tele».

¡Qué te parece!, ¡menuda desfachatez! Un personaje de ficción dándonos a ti y a mí, que somos seres reales, lecciones de autenticidad. Pero así es. La distinción entre ficción y realidad es parte de la realidad, y puede, por tanto, ser retomada en la ficción. Es más, esto le confiere a la ficción una irresistible sensación de realismo. Estos copos sí que nos parecen ahora de verdad, no como los de la tele, hechos probablemente de algún derivado del petróleo. Pondré otro ejemplo. Mi cuento sobre las peripecias de Orlando no se lo traga nadie, pero ¿qué

hubiera sucedido si me hubiese inventado un testigo y lo hubiese puesto todo en su boca?: «Esta es la historia, os lo juro, que me contó mi primo Fernando, amigo íntimo, según me aseguró, de un tal Orlando...» Otrosí: la cosa podría ser que yo hubiera encontrado en el Museo Bíblico y Oriental, de verdad de la buena esta vez, un antiguo manuscrito, por más señas en demótico o en arameo o en hebreo o en griego o en latín. Y resulta que el texto venerable anticipa *ce* por *be* todo lo que le está aconteciendo hoy a un tal Orlando, geólogo y ejecutivo. El manuscrito predice que su viaje se verá interrumpido, que Orlando nunca llegará a la ciudad del Apóstol. «Llegará al *finis terrae* el enviado de Dios, más no el que merca con aceite de piedra», o algo así se puede leer en nuestro antiguo manuscrito recién inventado. Y dice más: «Lo detendrá un arma fría». ¿Tal vez la nieve? (Nota: podría haber escrito «blanca» en lugar de «fría», pero habría parecido un mal chiste. Por otro lado, la nieve es fría, pero no es arma. Siga buscando).

Recordemos que ya caían más de cuatro copos, auténticos copos de ficción, cuando Orlando encaraba el puerto imponente de Piedrafita (1109 m). Tuvo que reducir la velocidad de crucero a unos miserables ciento veinte kilómetros por hora. Se arrancó con gesto airado las gafas de sol y las lanzó teatralmente sobre el asiento de al lado. Pero este gesto no cuenta. Se inclinó sobre el volante como para ver más de cerca el firme. Este gesto, en cambio, sí importa. Nos lo muestra ya fuera de su estado de complacencia y de autocomplacencia. Hasta hace un instante, el tipo se sentía genial, o sea, muy bien, pero además muy listo. ¿Quién sino él había logrado todo aquello? Los vuelos en primera, los carros alemanes, la chupa cara de cuero, las gafas de marca que llevaba o no llevaba, pero que en todo caso hubiera podido llevar si le hubiera dado la gana... Y todo ello lo gozaba no como un nuevo rico o como uno de esos narcos sin

escrúpulos, tan horteras, sino con lucidez, con cultura. Su curiosidad por la histórica ruta, las ojeadas que echaba al perfil de los templos, ya románicos, ya góticos, y Bach en el CD –orlandescamente: «sidí»– del auto, a todo volumen, sí, pero Bach al fin, y no Miley Cyrus, como en el carro de aquel colega de Repsol que le paseó por Madrid. Es para estar satisfecho de la vida y de uno mismo. Sobre todo de uno mismo. Hasta que empieza a nevar.

Ahora son las circunstancias las que van tomando el mando. Todavía no ha resbalado, como aquel coche que está en la cuneta. La tracción a las cuatro ruedas ayuda. Pero se siente cada vez más inseguro. Aunque el cielo no está muy oscuro, el clima se ha tornado hosco, y nieva cada vez más. Orlando no suelta el volante, se incorpora casi sobre él. «Pe, pe, pero qué es esto –tartamudea–, perderé el vuelo». Hasta ahora se hablaba a sí mismo sin tropiezos. Conseguía controlar el tartamudeo. Pero la inseguridad le ha vuelto vulnerable y un poco descontrolado. «¿Po, po, por qué se detiene ese carro?». Ya está parado él también, y todos, en una larga línea, cerca de no se sabe dónde, en mitad de un viaducto de «po, po, por lo menos cien metros de altura, maldición».

Desde aquí podemos seguir un poco a la manera de Cortázar, creando vida cotidiana e inquietantes absurdos en medio de una autopista. Pero ya hemos leído (o no) a Cortázar, de modo que podemos abreviar los trámites. Orlando baja el volumen del CD, lo apaga, lo enciende, intenta encenderlo de nuevo, sobreencenderlo –digamos–, pasa a la radio, rastrea noticias del tiempo o del tráfico, busca Radio 5 desesperadamente, lo encuentra al fin entre un intenso ruido, como si el locutor se estuviese friendo, «¡ma, ma, malditas montañas!», se entera de que el ayuntamiento de Manresa ha convocado una plaza de monitor/a para la colla sardanista municipal, piensa en dedicar una semana de sus próximas

vacaciones a conocer Manresa, se estremece, esta vez ni siquiera el humor negro le sirve de consuelo, la nieve (blanca, ¿habrá que decirlo?), sigue estando ahí, por todas partes, llega ya hasta las rodillas del carro, si es que se puede hablar así, que, por supuesto, no se puede; si no se da prisa en salir, la nieve llegará hasta la cintura que el coche no tiene y ni siquiera podrá abrir la puerta. Toma una decisión drástica: apaga la radio tras conocer de la vida íntima de los siete lémures del zoo de Santillana del Mar, mientras tanto recoge chupa, ata zapatos (podrían ser unos Martinelli), y comienza a empujar la puerta que ya ofrece resistencia, consigue abrirla unos centímetros, algo más, se retuerce y se desliza como una sierpe hasta poner uno de los Martinelli fuera del coche, sobre la nieve, prosigue la contorsión y con un giro magistral sale al exterior, frío, con la chupa en la mano, se la pone inmediatamente, se sube el cuello, con las manos en los bolsillos cruza la chupa contra su cuerpo, no logra el hermetismo perfecto, necesitaría subir la cremallera, pero no quiere sacar las manos de los bolsillos, dilema, se decide, asume riesgos, saca manos, sube cremallera relámpago, rápido, rápido, esta vez hubo suerte: las dos partes de la misma encajaron a la primera, milagrosamente, se sopla entre las manos una nube casi cálida, las devuelve a los bolsillos, el hermetismo no es total, «di, di, diablos, necesitaría una bufanda», se olvida por un momento de la bufanda al darse cuenta de que los Martinelli, tan adaptados al moquetamen, son perfectamente inoperantes sobre la nieve, ya tiene los pies calados y ateridos, se olvida de los Martinelli al notar un topetazo en el trasero, la puerta del coche de al lado se está abriendo a tirones, el conductor y la que parece ser su chica ponen pie a nieve, se fija en la chica que le ha embestido con la puerta, no está mal, «vaya, lo siento, no le había visto», acento de Madrid, «no, no, no hay de qué, di, di, digo no hay por qué, no ha sido nada», nada mal, y calza unas botas muy

para el caso, nada de mariconadas Martinelli, qué envidia de botas, y el traje de esquiar tampoco le sienta nada mal, no señor.

Orlando esperaba lo normal en estos casos, o sea, que la gente fuese saliendo de los coches desconcertada y contrariada. La verdad es que nunca se le había dado el caso, pero se imaginaba que eso sería lo normal *en estos casos*. Él mismo, mientras se retorció para salir del carro, iba decidiendo qué emociones debía sentir y cuál sería la mejor manera de exteriorizarlas. En siete décimas de segundo aceptó que desconcierto y contrariedad estaban bien para la ocasión, sazonadas tal vez con un pelín de cabreo si la cosa se alargaba, si la quitanieves no acudía y, en consecuencia, se podía empezar a culpar de todo a los-de-siempre, ya se sabe, *porco governo*.

En cuanto logró acomodarse la cazadora puso su mejor cara de desconcierto + contrariedad con pellizco de cabreo (0'32%). Pero el ambiente no acompañaba. La pareja del coche de al lado parecía más o menos encantada de la vida. También él y ella parecían encantados, pero la pareja, como tal, mucho más: una pareja encantadora, como se suele decir. Con movimientos rutinarios y nada desconcertados sacaron un par de mochilas del maletero y echaron a andar viaducto adelante. A Orlando le pareció que actuaba –la pareja, digo– con movimientos sincrónicos. En algún nivel profundo de su psique optó por pensarlos en singular, como una sola entidad, los archivó a los dos en una misma neurona (por la circunvolución parahipocampal aprox.), y bautizó a la pareja con el nombre de Esther Williams. A veces se permitía estos lujos. (Podríamos añadir que Orlando había leído *El Banquete* de Platón. Eso le daría un cierto vuelo intelectual al cuento, pero a costa de hacerlo aun más inverosímil).

Lo que para ti y para mí puede ser un puro capricho gramatical, hablar de dos en singular, para Orlando era un imperativo de sinceridad, o sea, pensar/decir lo que es como es. A veces jugaba con su hijo de ocho años a la desgramática. Uno de cada cuatro sábados. Inventaban una frase absurda, aleatoria, como por ejemplo «todos los fuegos el fuego», y trataban de encajarla en un contexto que le diese sentido. O aprendían uno del otro a escribir mal. «Tú, tú, tú escribe mal de vez en cuando, hazme caso». O sea, que se entienda, pero mal, con uñas y dientes, a dentelladas, no con pasos de ballet. «Es, es, esto es la guerra, Orlandito, no un desfile». Cuando tenía que escribir unas líneas para el cole, el chaval brillantaba la asfixiante armadura y desfilaba con ella, pero cuando jugaba con su papá a desgramática se sentía a sus anchas. Una vez al mes vestía salvaje, tiznaba la cara como comando y escribía en desgarrado, desaliñado, desarrapado, repetitivo, retorcido, embarrado, inelegante, desortográfico estilo, con uñas y dientes, a dentelladas secas y calientes, sufría con gozo y respiraba, decir de lo que es que es y de lo que no es que no es y de lo que es así que es así y de lo que no es así que no es así, todo eso y solo eso era la única ley, la ley sabática que acataba (y que le liberaba). Y su padre latía de orgullo. «Escriba ezto en zu computador, papá, verá que ze le llena la pantalla de guzanitoz de colerez bajo laz palabraz». «A, a, ahora mismo, mijito, pero a mí me parecen pequeñas cordilleras montañosas». Ahora Orlando, bloqueado en un viaducto, hilo tendido entre laderas, leía nubes sobre cimas, unas pocas nubes ralas que dibujaban las palabras «desconzierto» y «contrariedad».

Buscó con la vista a otras gentes más sensatas, más conscientes de la situación, más desconcertados—contrariados—cabreados, más como cabría esperar. Pero nada. De los coches —una veintena— que habían quedado atrapados en el viaducto surgían personas dispares, maduros y jóvenes, hombres y

mujeres, pero todos en actitud más bien alegre y rutinaria. Abrían el maletero, cargaba cada cual con sus bultos, y desfilaban hacia una de las salidas, como si nada raro hubiese sucedido. Y, eso sí, nadie más calzaba unos estúpidos Martinelli. Tuvo la impresión de que todos se conocían, de que se saludaban como viejos cómplices, como si llevaran un tiempo sin verse, pero no mucho tiempo, no un tiempo geológico, sino lo que solemos llamar, con precisión, una temporada: guantes que se entrechocan, que acarician gorros, gafas de nieve que se besan y brazos de gore-tex que pasan sobre hombros, pares de botas que avanzan en paralelo unos cuantos pasos, corrillos de anoraks de vivos colores que se hacen y deshacen, se estiran y se deslizan sobre la calzada blanca. Y él allí en medio, parado, con los pies congelados y con la mente bloqueada (en blanco, ¿habrá que decirlo?).

En su cuerpo ya solo se movían las emociones. Espontáneamente, sin que tuviese que decidir ya nada, iban rolando hacia el cuadrante del miedo: desconcertado—preocupado y una pizca asustado (2,3%), y puede que algo más que una pizca (21,6%, seamos sinceros, Orlando). Asomaba la tarde. Reaccionó, corrió tras Esther Williams ahuecando torpemente los brazos, balanceándose y hundiendo por turnos una pierna y otra en la nieve, con un estilo estrictamente gallináceo. Esther y los demás se internaban sendero abajo en zona boscosa, oscura como un símbolo. A medida que se alejaban de la autovía, la carrera de Orlando se iba haciendo más suelta, nunca elegante, pero sí menos gallinácea. Sendero umbrío sin nieve. «¿Po, po, por qué sin nieve? —me protesta Orlando—, ¿qué, qué, qué, qué acaso solo nieva sobre la ruta?».

Yo sé por qué no hay nieve apenas fuera de la carretera. Sé que a ti todo esto te causa desconcierto. Tú eres solo un ficticio, Orlando. Te haré caminar todavía una boscosa media hora.

Solo entonces te dejaré salir a la luz de un valle y pisar las calles de un pueblecito, donde unos pocos lugareños parecen estar esperándolos. Mientras caminas entre los demás ficticios te permitiré hablar, si quieres, con Esther, hacerle las preguntas de rigor. «¿Pe, pe, pero todo esto no te parece extraño?, ¿a, a, a dónde vamos?» Respuestas amables, pero enigmáticas, tono cálido y sonrisa, pero poca claridad: «Ayer el hombre del tiempo informó de que nevaría por encima de mil metros». Casi inconscientemente, en el segundo plano de tu pensamiento, empiezas a buscar un contexto en el que pudiera encajar la expresión «dicen ella», y una vaga ola de nostalgia te trae a un hijo que hace arriesgados malabares con «todos los fuegos». Has creído entender que para Esther es la única noche de amor del año. Tratas de imaginar –sin lograrlo– un contexto que dé sentido a este extraño amor, perfecto pero esporádico, alguna circunstancia, pavorosa, sin duda, que todas las demás noches mantiene separado lo que es uno. Os esperan. Noche casi y en el pueblecito os esperan.

¿Ves Orlando?, media docena de hombres-boina os esperan en Torrecelama. Uno de ellos se dirige a ti y te invita a seguirle. «La Colasa –te informa– ya está aviándonos la cena». Su voz te suena inarmónica, como un enjambre browniano, como una muchedumbre, como un banco o una manada de voces. Decides llamarle Legión. Pero, ¿por qué? «Pu, pu, pues porque no me has dejado leer a Pessoa; podría haberle llamado Fernando o Álvaro o Ricardo o Alberto, pero tus ficticios no hemos leído a Pessoa ¿recuerdas?» Aceptado, Orlando, llamémosle desde ahora Legión.

Tras los saludos y presentaciones, la expedición se disgrega en pequeños grupos, cada uno guiado por un hombre-boina.

—¿Dónde será este año la sesión? –preguntan Esther.

—Donde las escuelas, ¿saben? –responde Legión, y su voz reverbera como un tropel de ecos entrelazados–, se puede prender allí dentro un buen fuego, que al relente ya está fresco, no se usan pa otra cosa, ¿sabe? –ahora se dirige a ti–, antes había rapaces, pero ahora las escuelas solo valen pa que nos juntemos cuatro viejos a echar unas manos y a chatear un poco, como dice la mi nieta.

Esther, Orlando y Legión se detienen por fin frente a una de las casas. Entran y sorprenden a la Colasa manejando con pericia una lata de fabada. Orlando creyó ver a una abuela-turbo lanzando un bote con la derecha por su espalda y atrapándolo en el aire con la izquierda. Colasa agita fabada como coctelera, coloca bote bajo abrelatas eléctrico, vierte contenido en plato, abre microondas, mete plato, cierra microondas..., *clinnk*, abre microondas lanza plato humeante sobre mesa, repite operación equis veces ($x=5$, a pesar de todos los conflictos de personalidad). Hola, besos peludos y a sentarse todos. Se levanta Colasa, cierra microondas, «que no gaste luz a lo tonto», se sienta, bisbisea, santigua y a ello.

—Hace muchos años –toma la palabra Legión–, Torrecelama era un pueblo con niños y bueyes...

—Le gusta chatear mientras come –interrumpe, sorbe, Colasa–, si le dejás te chatea a todas horas, no vea usted –se dirige a ti, sorbe– cómo me pone la cabeza.

—Pero ahora ya ve –Legión, ni caso, prosigue– solo cuatro viejos, que parece que no pasan las horas, ni con esta puedo hablar desde que mi hija este verano dijo que le voy a llevar una tele nueva a madre, que en la vieja solo se ven que moscas, con antena para abuelica, o algo así dijo la mi nieta por el otro teléfono, y trajo esa especie de sartén que ahora sí que se ven bien muchas teles por la tele, y esta que ya ni me mira, que aquí es que ya no corren las horas, don Armando.

—O, O, O, Orlando.

—Sí, eso, usted perdone, que estamos metidos ya en la depresión, de todos los días igual, o séase, lo mismo, y ya le tengo dicho a esta, pero ni me oye, que cualquier día agarro la sogá y me voy pa la cuadra, don Armando, que a la fuerza ahorcan, pero yo esa fuerza, y muchas fuerzas anudadas, la siento aquí dentro, tranquilizaciones, me han dado pal nudo, el del estómago, digo, el otro todavía no está hecho, se creen los doctores del ambulatorio que todo se pasa con tranquilizaciones, los del pueblo tenemos ya el arcón congelador lleno de tranquilizaciones pa todo el invierno, pero lo que necesitamos es chatear más, don Armando, usted comprende ¿no?, y un poco más de eso que nos traen los de Madrid, ¿cómo era?, uno, dos y...

—Estrés —interrumpe, sorbe, Colasa—, pedazo de alzheimer.

—Pues por eso —prosiguen cien ecos—, cuando vienen estos señores tan chateadores, aquí es como si fuera una fiesta, don Armando.

—O, O, Orlando, señor.

—Pues eso, usted perdone, y ahora, cuando acabemos de cenar nos vamos hasta las escuelas y montamos un filandón que tiemble el ministerio, don Servando.

—¿Fi, fi, filando?

—Pues eso, usted perdone, don Filando.

—No, no, no que digo que qué es un filando.

—Filandón, don Servando, se dice filandón.

—Es —aclararon Esther— como una especie de terapia de grupo.

—De eso solo hay aquí en los pueblos —continuó Legión—, y es que nos reunimos arimados al fuego, contamos historias y cuentos, y mientras, bueno eso era antes, las mujeres hilaban,

ahora se quedan viendo las teles que entran por la sartén, pero cuando llegan cada año estos señores de la carretera hacemos uno bien grande, y chateamos toooda la noche, que si uno no cuenta las cosas es como si no hubiesen sido nunca, que aquí no pasa nada hasta que lo contamos la noche de la nevada, y estos señores de Madrid también se desahogan, cuentan sus cosas, y dicen que les sienta bien, que por eso vienen todos los años —Esther asiente, apoya sobre la mesa una mano con diez dedos machihembrados— y nos dejan aquí un poco de su (un, dos... —murmura—) estrés, que a los de aquí nos viene que ni *pintao*, usted también tendrá que contarnos un cuento, seguro que se dicen buenas historias por su tierra boliviana.

—So, so, soy de Caracas, señor.

—Pues eso mismo, don Oswaldo.

Y ahora, mientras te vas durmiendo, te contaré el final de esta historia, Oswaldito —bromeó—, di, di, digo Orlandito: Hace muchos, muchos años (≈ 5), unos cuantos infelices descubrieron por casualidad, gracias a una gran nevada, los beneficios del contar y del ser contados. Como un bálsamo para el alma, vivieron una noche de fuego y de orujo los de la carretera y los del pueblo. Se confabularon desde entonces para repetir la reunión una vez al año, pues sentían que esa noche de relatos les había hecho vivir. Desde entonces, cada año, a una señal convenida, «nevará en el noroeste por encima de mil metros», todos se ponían en movimiento, los de Madrid hacían sus equipajes y saltaban a los coches, los de Torrecelama sacaban de los pajares los cañones de nieve. Algunos años ni siquiera eran necesarios, pero otros resultaban imprescindibles para hacer nevar una buena coartada sobre la autovía.